

En cuanto a un gato

Jorge Alberto Gudiño Hernández

En este cuento del autor de Justo después del miedo, dos hermanas, un hombre y una mujer, viven solos. Han perdido a sus padres, y él ha quedado paralítico luego de un accidente. La joven se ve obligada a realizar las labores domésticas debido a que, por el agrio carácter de su hermano, no hay empleada que dure mucho tiempo con ellos. Pero eso no es lo peor.

Amélie escucha el torrente imperativo de Gastón llamándola desde el otro lado del muro. La catarata aguda le impide concentrarse, continuar con sus tareas. Intenta en vano ignorar el aullido, ocuparse en la rutina negándose a responder. No es que le guste doblar sábanas, aparejar calcetines ni mucho menos, pero lo prefiere a enfrentarse de nuevo con su hermano. Aun así, acaba por ceder: sus chillidos a la distancia son mucho peor que sus improperios de frente. Al menos, estando cerca se da el lujo de evadirse sin la necesidad de entretenerse con quehaceres monótonos. Estando cerca ya no se enfrenta al constante temor de ser interrumpida, de pasar al siguiente nivel del desagrado. Cerca es estar ahí, sin concesiones, pero lejos es soñar con que no llegará el llamado. Y, durante esos sueños, debe tener las manos ocupadas en los quehaceres de la casa.

Si tan siquiera él no se encargara de despedir a cuanta asistente doméstica se ha presentado; si tan sólo no pareciera que lo hace por placer o para desquiciarla. Ella dejó de buscarlas cuando se descubrió explicándole a la última sus labores sin ganas, a sabiendas de que duraría poco. Por eso ahora tiene que encargarse de todo; de cada tarea y de su hermano; de cada capricho y maltrato. Acomoda las sábanas en una repisa y

apresura el paso para encontrarse con una imprecación que linda en lo obsceno.

Dar la vuelta sobre el pasillo para entrar al comedor significa actualizar una imagen cada vez más desagradable; una imagen convertida en tara desde el accidente. Dos padres muertos, un hermano inválido y Amélie cargando el peso de una culpa que no le pertenece pero que Gastón ha sabido capitalizar. Poner un pie en esa estancia representa la imposibilidad del escape. Es justo el peor de los escenarios: ni lejos ni cerca. Es confrontarse con un destino dispuesto como la duela chirriante bajo su indecisión.

Está en su silla de ruedas, obstruyendo el corredor que se forma entre la mesa y el mueble donde se apilan los rescoldos de una vida pretérita. Fueron muchos los objetos movidos para hacer espacio al vehículo que es condena. Por eso la parte angosta de la mesa pega contra una pared. Poco importa, nunca reciben visitas. Una credencia pletórica de muñecas de porcelana, platitos, carpetas, candelabros y hasta un pringoso horno de microondas que no encontró acomodo en la cocina. Desde su pantalla se refleja la cabeza de Gastón. La alopecia ha consumido gran parte de sus cabellos. Apenas quedan escasos mechones largos que parecen a punto del

desprendimiento. Si se le suma el cuello tumefacto, manchado por pigmentos imprecisos, el desagrado llega de inmediato. Al menos eso es lo que le sucede a Amélie que ha dejado de lado la piedad a la hora de verlo; ahora ya se concentra en la suma de sus defectos exacerbada por la bata corta que apenas cubre una piel áspera y violenta. A través de la abertura superior, unos cuantos pelos completan el mapa del vitíligo. Mares rosados rodean islas blanquecinas o viceversa. Amélie también ha utilizado los términos “veteado” y “motas” que se agrandan hasta una papada de consistencia acuosa; los tonos “terracota” y “rosicler” para describir los cambios en la coloración de su piel.

—Adivina de qué tengo ganas hoy.

Gastón la mira con sorna mientras corre el nudo de su bata, despacio. La felpa se aparta para completar el panorama. Luego empieza a acariciarse el pecho y el abdomen mientras incrementa el ángulo formado por la tela que los cubre. Sin mediar otra palabra, se la abre por completo sólo para exhibir su desnudez de raquílicas piernas y un sexo vivo y anhelante.

Amélie aparta la vista más por reflejo que por la impresión. Sabe que no debe mirarlo, caer en su juego está vedado; apartar la vista antes de iniciar la retirada es lo más inteligente. Tardó años en comprenderlo pero ahora lo sabe: no volverá a participar de esa mecánica sexual aunque implique no participar de ninguna otra. Si lo hizo antes fue por muchas razones que ya no tienen cabida, han dejado de lado su validez en el mundo que acabaron construyendo para ellos. Un mundo de puertas cerradas y amargura.

—Ven, hermanita. Mira lo que tengo para ti —agrega con un tono de pretendida lascivia. Se le escucha salivar, escupirse en la mano antes de untar sus babas en el sexo.

Son las mismas palabras, las mismas acciones. Ni siquiera ha sido capaz de inventar algo nuevo, de cambiar el discurso, el cansancio acaparando el pensamiento de Amélie. Una mueca indulgente busca justificarla frente a sí misma, frente a la actitud que tuvo la primera vez que escuchó esas palabras, mucho antes del accidente. Entonces era apenas una niña que miraba con embeleso a su hermano mayor. Por ningún instante dudó en acercarse, ni cuando sintió el tacto suave de su miembro, sus pálpitos; ni cuando comenzó a mover las manos justo como él le decía; ni cuando la convenció de callar y así lo hizo.

Tampoco dudó años más tarde. Al contrario, era ella quien, enfebrecida por el coctel hormonal de sus entrañas, corría a buscarlo para jugar con su sexo al tiempo que se estimulaba a sí misma. Gastón supo prolongar el *impasse* utilizando negativas y postergaciones. Hasta se hizo el ofendido cuando Amélie llegó un día con la noticia de su primer noviazgo. En ella se mezclaban la eu-



foria, el pudor y la culpa a la hora de dar la nueva. Todas las emociones imposibles de ocultar, luchando por un escape para el que no era suficiente la sorpresa del novio en ciernes. Nunca había sido carismática ni atractiva, apenas hablaba con sus compañeros de escuela que ya habían trascendido la etapa de las burlas y los apodos. Sus padres se alegraron con la noticia y hasta le sugirieron invitarlo a una comida o cualquier cosa. No llegaron a conocerlo. Gastón se encargó de hacerla sentir traidora, desleal.

—¿No te das cuenta de que me estás cambiando por otro? ¿Cómo quieres que me sienta?

—No es eso... en verdad... no es eso —las pausas interrumpían sus justificaciones. Amélie se sorbía los mocos, la cara empañada de llanto—, si nosotros podemos seguir con lo nuestro... si quieres.

—No, no creo que podamos seguir así —concluyó categórico antes de encerrarse en su habitación, dejándola sollozar en solitario.

Cuando por fin ella dio por terminado su incipiente romance, él se negó a abrirle la puerta durante meses. Fue cuando las ansias dieron pie a un deseo inefable que se continuaría por siempre.

Al menos eso debió de creer Gastón que no supo leer las señales en el comportamiento de su hermana. Tras el accidente, los encuentros ya no estaban aliñados con el deseo o las prohibiciones sino por una compasión rayana en lo asqueroso. Salvo las cada vez más espaciadas escenas en las que Amélie buscaba satisfacer sus propias

necesidades por sentirse mujer, en el resto de los escasos sus manos blandían con repulsión el miembro palpitante de su propio embeleco. Ella misma no estaba segura de qué era peor: si el asco o un odio que se le iba empozando de a poco en sus adentros.

El desagrado la fue distanciando sin posibilidad de retorno. Se dispuso a guardar una existencia carente de estímulos a cambio de no volver a sentir el aliento tibio del desahogo fraterno. Quiso utilizar guantes, esponjas, preservativos, cualquier cosa que la alejara del contacto directo pero a Gastón eso no era lo que le estimulaba. La imagen del sometimiento le es el más poderoso de los acicates sexuales.

Fue a partir de que Amélie se rehusó por primera vez cuando el carácter de Gastón comenzó a agriarse. Tuvo un impacto mayor su negativa que la muerte de sus padres, que su propia inmovilidad. Inició una lucha de chantajes e insultos, de gritos y manazos, de objetos siendo añicos contra las paredes hasta que ella dejó de ceder. A partir de entonces no hubo sueldo que convenciera a la servidumbre. Tampoco emplearon la herencia en contratar a una profesional que supiera calmar los impulsos de Gastón. Amélie ya se había vuelto intransigente. Lo único que le importaba en la vida era pasar la mayor parte de sus jornadas lejos del alcance de un golpe o algún objeto, hacer sus quehaceres y encerrarse por las tardes

con su gato. Verlo ronronear mientras sus dedos jugueteaban entre su pelaje es el paliativo en el que descansan sus esperanzas.

Por eso aventura una carcajada mientras Gastón insiste. Comienza a dar la vuelta cuando le escucha decir con una voz estudiada la sentencia que la hará retractarse:

—Antes de que te vayas, deberías ver otra cosa que tengo para ti... hermanita.

Debe contenerse, seguir adelante, alejarse lo más posible de él. Debe ser fuerte, dar el siguiente paso, el que la saque de su campo visual. Debe doblar la esquina, volver al pasillo, regresar a las sábanas sin doblar. No debe caer en su juego, lo mejor es ignorarlo. Debe...

Amélie voltea.

No hay nada fuera de lo común. Quizá sea una estrategia para llamar su atención: los muebles con los bajos lastimados por la silla, las paredes descascaradas por la humedad, por los golpes recibidos, la semipenumbra de una casa que poco sabe de persianas corridas y luz del sol. Se arrepiente por haber volteado, por haberse enganchado en ese garlito mucho más peligroso que un golpe o un tirón a su cabello. Tal vez aún tenga tiempo para huir. Por eso no dice nada, su boca no pronuncia reclamo alguno, tampoco pregunta sobre lo que debería de ver. El mundo se detiene en el chirrido de la duela cuando cambia su peso de un pie a otro.

Justo antes de emprender la huida, Gastón extiende su mano hasta el horno de microondas. En la pantalla titila un tiempo exagerado, que sobrepasa la hora. Presiona "Inicio". Dos estímulos convergen, anegando la ansiedad de Amélie. El maullido se acompaña por la imagen iluminada de su gato girando sobre el plato dentro del horno. Un grito petrifica su mirada al tiempo en que su hermano pausa el suplicio.

Una pregunta es lo único que ocupa su mente. Una pregunta con la que busca convencerse de la imposibilidad de la escena. Cómo es posible que un inválido haya sido capaz de atrapar a su gato, de meterlo en el horno. No encuentra respuestas satisfactorias. Reacciona ante el inconfundible pitido del aparato, un nuevo maullido, la luz moteada iluminando la cara de su hermano.

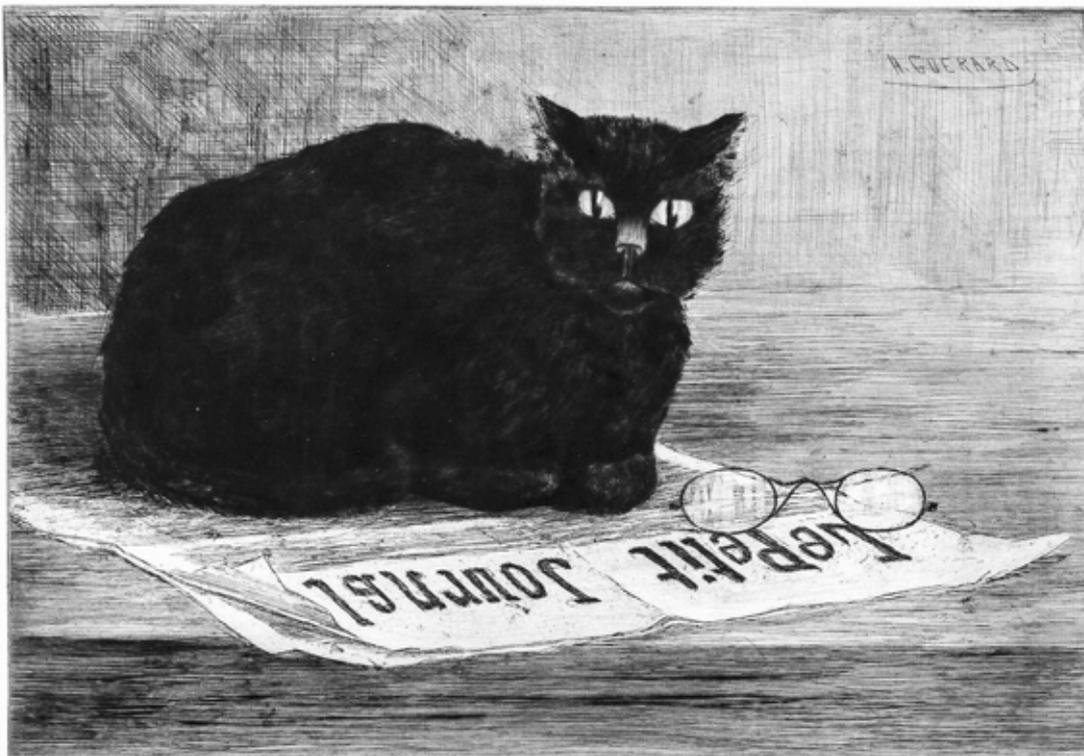
Vuelve a detenerlo.

—Te voy a decir lo que vas a hacer —Gastón añade un nuevo componente a la ecuación. Su voz está aderezada por una tonalidad violenta, como si fuera otro quien hablara. Por momentos la engola, le confiere visos infantiles antes de continuar:

—Irás al baño a lavarte bien tus manitas, les vas a poner crema, mucha crema, que queden suavécitas. Luego vendrás hasta acá, arrodillada, no sea que quieras hacer una tontería. Yo te estaré esperando con mi bata medio abierta. Si lo haces bien, suelto al gatito... aunque, claro, sólo si te interesa conservarlo con vida... yo muero por ver lo que pasaría si lo dejo cocinarse ahí metido



© Eric Canete



pero estoy dispuesto a ceder si me haces un pequeño favor... vamos, lo has hecho muchas veces... lo harás de nuevo, ¿verdad? A menos que la repugnancia que te provocho sea mayor que el cariño que sientes por el gato.

¿Y si dejara morir al gato? ¿Y si participara del espectáculo de sus vísceras cocinándose por dentro? Amélie no tiene conflicto moral respecto a la muerte de los animales, a los malos tratos o a la tortura, si hasta le atrae la idea de ver el cuerpo humeante del minino. Incluso así, sabe que deberá ceder. El gato es su única compañía, el refugio necesario cuando logra escapar del tirano que la mira con odio y lascivia.

Toma aire y accede. Tal vez sea capaz de conseguir que sus manos sientan la textura de un pelambre terso en lugar de la maraña que aparece al apartar la bata. Si tan sólo pudiera imaginar que es otro, que regala su sensualidad a alguien que también se brinda a ella. Pero Amélie no conoce otro hombre que no sea su hermano. Ignora cómo es el tacto de una piel amada. Hasta ha olvidado la excitación que sintió las primeras veces al palpar al miembro crecido entre sus manos.

Se demora demasiado al ponerse crema en las manos, entre los dedos, a lo largo de las falanges, pero un nuevo grito la trae de vuelta. Rauda, porque se ha hecho acompañar de un pitido doble y una risa grotesca.

—Más espacio, más espacio.

Se detiene. Por un instante se mira desde fuera y se da asco. Decide no continuar pero un dedo, una luz, un maullido la vuelven a su tarea aunque ahora es diferente: ya no se puede evadir de lo que hace. Es consciente de cada detalle. Las piernas raquílicas, las pústulas inguinales, una serie de manchas en los muslos, el

abdomen lampiño y abultado, un torso demasiado ancho para ese cuerpo, la cabeza de Gastón echada hacia atrás, extática, y su falo palpitándole en la mano.

Cuando Amélie supone que ya está por acabar, él levanta la cabeza, le dice que se detenga. Ella obedece, reacomoda la postura frente a la silla mientras él toma aire. Es un descanso aunque preferiría que terminara cuanto antes.

—Ahora con la boca... hermanita.

Amélie titubea, protesta, nunca han hecho eso, ése no era el trato. Por toda respuesta él enciende el horno. Pasan diez, quince segundos. El gato ha dejado de maullar y mira incrédulo su prisión iluminada. Al siguiente momento ella está arrodillada. Cierra los ojos antes de probar el sabor de una piel ácida, podrida. El movimiento se vuelve repetitivo. Tanto, que le da la posibilidad de saber lo que hará en cuanto termine, la vida no puede seguir por este curso.

Un grito llega junto con el esputo acedo de su lefa. Amélie se aparta, intenta escupir pero no puede. Entonces traga.

El asco transita por su garganta.

—Muy bien, hermanita. Ya te puedes llevar a tu gato pero cuídalo bien porque esto me ha gustado demasiado.

Gastón impulsa las ruedas en reversa, se dirige al pasillo que conduce a su recámara. Antes de que llegue Amélie lo llama. Él voltea para descubrirla al lado del horno, impávida. Cuando está segura de que él la ve, activa el aparato antes de irse hasta la puerta de entrada para no volver más.

En cuanto cruza el umbral, deja de escuchar los chillidos del felino. **u**